

4475

R Reyes Efren Óscar.

Los Incas Políticos.

4475

R

OSCAR EFREN REYES

Los Incas, Políticos

I.—El proceso de
expansión incaica

II.—Quito, culminación y fin del Incario

FECHA DE ENTREGA

--	--	--



I — El proceso de expansión incaica

CA 4475

Para indigenistas o para escritores de historia americana, la organización imperialista de los incas fue siempre subyugante.

Sin embargo, los aspectos fundamentales de aquella organización —que fueron, ante todo, aspectos sociales y económicos, tales como la comunidad agraria, la producción intensiva y el sistema del reparto—, sólo han venido a estudiarse, de un modo detenido, durante los últimos años.



Trabajos monográficos de profesores universitarios de Europa, sobre todo, —como los de Louis Beaudin, al poner de relieve, ante el mundo científico, la originalidad de esa gran experiencia de economía colectiva, en “Les communautés agraires du Pérou précolombien”, primero, y en “L’ Empire socialiste des Inkas”, después—, han contribuido enormemente a difundir una mayor curiosidad por ella, convirtiéndola en tema de actualidad apasionante.

El incario es, en efecto, uno de los más grandes hechos políticos de la historia humana.

Los pueblos ecuatorianos tuvieron una intensa participación en él, re-



sistiéndolo y combatiéndolo implacable y duramente, al principio, y captándolo y sometiendo, luego, con Huayna-Cápac y Atahualpa, bajo los cuales alcanzó la dominación imperialista una extensión vastísima, de 31 grados geográficos, entre Chile y Colombia, como no lo soñó nunca probablemente el legendario Manco-Cápac, creador de la dinastía incásica y dominador de los "ayllus" del Cuzco, o como no lo pensó jamás el propio Pachacútec Yupanqui, el verdadero organizador del sistema imperial y de sus fundamentos económicos.

Intentaremos hacer en estas páginas una síntesis del proceso de expansión y fin de este sorprendente



poter imperialista de la América pre-colombina, procurando abrirnos paso, con la mayor precisión posible, a través de la densa maraña de hipótesis, opiniones, citas y divagaciones, varias veces contradictorias, que se han escrito sobre el particular.

EL ORIGEN INCAICO

En las cercanías del lago de Titicaca, situado en la altiplanicie peru-boliviana, vivieron, desde tiempos remotísimos, los indios uros.

Un autorizado investigador, el Profesor Arthur Posnansky, los señala como procedentes de la raza



arawaka —raza de las más extendidas por la América meridional y de las más antiguas—; pues que, “los arawakes han estado, sin la menor duda, en la región andina, antes de la última época glacial”...

Estos arawakes, pues, —o sean los uros, según la denominación moderna asignada a los pueblos indígenas de las cercanías del Titicaca—, formaron, con los collas, un consorcio político que, probablemente, llegó a culminar en la estructuración del Tiahuanaco —inmensa área cultural y étnica—, que precedió al incario.

El Tiahuanaco pasó por diferentes épocas de esplendor y de decadencia, a través de varios siglos, no



sin dejar, en vastas extensiones de América del Sur, inclusive en territorio ecuatoriano (según se ha señalado ya al hablar de la cultura de los cañaris), profundas huellas de su dominación e influencia.

Se ha supuesto que tal acontecimiento debió de ocurrir quizás contemporáneamente con los primeros tiempos del cristianismo.

Hasta que, por causas climatéricas —o sea, por los “cíngulos climatéricos” que implican también “cíngulos culturales”, según Posnansky—, o por trastornos políticos interiores o por efectos de alguna poderosa invasión de salvajes, desapareció la organización tiahua-naquense, dejando apenas su re-



cuerto en restos megalíticos y en escombros de ciudades y en fragmentos de una población dispersa y desigual, sobre los que las variaciones del medio físico o las variaciones de futuros contactos étnicos impondrían distancias aparentemente profundas en dialectos, en aptitudes creadoras para la cultura y en somatismo; aunque no en ciertas tradiciones que los vincularían siquiera fantásticamente a un origen común —el Lago de Titicaca—, ni en los matices lingüísticos que los acercarían, claramente, a collas y arawacos, sus antecesores remotísimos... (1).

(1) V. A. PONSNANSKY: *Los urus o uchumí*, en "Actas y tra-



Así aparecen los pueblos quichuas y aymaráes, en los que revive el antiguo espíritu de pujanza. Como persisten otros grupos débiles, que se escabullen por quebradas y ríos casi inaccesibles, conservando muy apenas los rasgos culturales de las viejas generaciones, o la simple denominación original, como precisamente los urus, aún sobrevivientes en Ankoaqui, a orillas del Desaguadero.

bajos científicos del XXVº Congreso Internacional de Americanistas", edición de la Universidad Nacional de La Plata, 1934.—Vol. I, págs. 241-242.



▼

Pronto los quichuas desarrollaron una personalidad ambiciosa. Su lengua fue, propiamente, según ellos, el "runa-shimi", o sea la "lengua de los hombres". Esta especificación correspondía, naturalmente, al sentido de su desafiante y enérgica varonilidad.

Tanto los quichuas, por cierto, como los grupos que debían de extinguir o someter, estaban organizados en "ayllus". Los "ayllus" aymarás, precisamente, precedieron a los quichuas en la ocupación del Cuzco.



LOS "AYLLUS"

Cada ayllu, para la época de la iniciación del incario, era una agrupación de parientes por consanguinidad; con régimen general de patriarcado; las cuestiones fundamentales que decidían de los destinos del grupo se discutían dentro de él democráticamente, y la autoridad del jefe del linaje se convertía así en representativa y definitiva, a la vez.

La agrupación ocupaba un área de terreno comunal determinado, suficiente para el cultivo agrícola, el pastoreo y la caza y dividida en "tupus" —pequeñas extensiones— pa-





ra los efectos del trabajo personal. Todos sus componentes, inclusive mujeres y niños, trabajaban y producían proporcionalmente a sus capacidades. Los muy viejos, o los ciegos o los inválidos ayudaban en trabajos fáciles a la comunidad y vivían de ésta.

No había propiedad particular dentro del ayllu, y, por lo mismo, los afanes de robar, de acumular o enriquecerse no se conocían. Por otra parte, las necesidades individuales del indígena —muy pocas y muy limitadas, aún en vestido y alimentación—, se satisfacían plenamente con el resultado de la labor colectiva.

La vida social y política del ayllu



se ligaba, así, íntimamente, a la economía. Y a la organización de parientes y a la comunidad agraria, se añadía una tercera fuerza de vinculación: el totem; pues el ayllu, además de ser una institución social y económica, era también un clan totémico, con todas sus características... (2).

El totem —exclusiva divinidad tutelar, de la que se creía proceder el linaje, y al que éste consagraba supersticiosa veneración, representándola simbólicamente en sus figuras de barro, en sus pinturas o dibu-

- (2) V. LOUIS BEAUDIN: *Les communautés agraires du Pérou précolombien*, ed. de París, 1928, págs. 1-2.



jos—, era, por lo general, o un puma, o una serpiente, o un pájaro, o un insecto, o un río, o un monte, o un árbol o una laguna...

Gran parte de la producción artística, de la cerámica y hasta de la metalurgia, se nutría de la preocupación totémica. En las telas, en las vasijas, en las paredes de los adoratorios, en los puños de los bastones, en sus monolitos de piedra y hasta en sus adornos, no faltaba la representación del totem: la cabeza de un jaguar o de una culebra; la figura de un **chuzshing** o de un colibrí...

Ningún ayllu —como todos los clanes totémicos del resto de América—, carecía de este distintivo,



tan valioso como el matiz dialectal o como el nombre o conjunto de nombres exclusivos que adoptaba.



Lo que no constituía, desde luego, un obstáculo para los entendimientos fraternales o para la formación de ciertas unidades con los demás ayllus.

Por necesidades de la defensa o del ataque, o por afinidades de diverso orden, los ayllus se unían, formando las tribus y las confederaciones, ya que los procesos de segmentación y nuevo acercamiento de clanes, seguían probablemente el



mismo desarrollo que en todas las sociedades primitivas americanas, donde, si los núcleos sociales y económicos tendieron siempre a la autonomía, dentro de circunscripciones agrarias definidas, la comunidad dialectal y religiosa, el parentesco y los intereses militares, en cambio, los conducían inevitablemente a la constitución de grandes conglomerados, con un jefe, de evidente capacidad dominadora y organizadora, a la cabeza... (3).

- (3) V. L. MORGAN: **La sociedad primitiva**, ed. de la Universidad Nacional de La Plata, 1935; vol. I, págs. 165-194.





Según parece, fué esto lo que realizaron los cuzqueños, a fines del siglo XI o principios del XII.

Los Huallas, los Poques, los Larres, ayllus aymaráes, fueron, como se ha dicho, los primeros pobladores del Cuzco; luego se agregaron los Sauaserayes, los Antasayas y los Maras. Sobre éstos advinieron, finalmente, los Alcabizas, con sus afines, los Ayar Ucho y Ayar Cachi, de donde salieron, sin duda, los primeros dominadores —ambiciosos, astutos, crueles—, que después de eliminar a los primitivos pobladores del Cuzco por el asesinato, a fin de captarles sus tierras y man-



tenimientos, procedieron a asesinar-se entre sí, por la supremacía del mando...

Entonces apareció el primer núcleo incásico, homogéneo, disciplinado, frugal y temeroso del jefe, hasta la superstición... (4).

Los ayllus subsiguientes, vinculados por el "runa-shimi", el culto al sol y a "Huanacauri" —dios del trueno y de las tempestades—, y vinculados también por el origen ú-

- (4) Ver: JACINTO JIJON Y CAAMAÑO: Los orígenes del Cuzco, en "Anales de la Universidad Central del Ecuador", Nos. 287, 288 y 289, de enero a junio de 1934; págs. 287 y siguientes.



nico, se incrementaron poderosamente, por ese mismo proceso de segmentación que señala Morgan, al referirse a las células sociales primitivas. El número de "incas" alcanzó, a poco, una elevación enorme: pues, el gran número de esposas de cada jefe facilitaba la descendencia prolífica... (5).

- (5) Sobre la abundancia de "incas", pueden dar una idea aproximada ciertos datos estadísticos del siglo XVI, precisamente del tiempo ya en que, por las mantanzas de Atahualpa en su conquista del Cuzco y por la eliminación formidable durante la campaña de Manco-Cápac II, debían de considerarse en reducidísimo número.



LA INICIACION IMPERIAL

Comenzó la expansión fuera del Cuzco. Una serie de luchas encarnizadas, en que preponderaba el sistema de eliminación absoluta, fué

Estos datos estadísticos los consigna Jijón y Caamaño. "Sólo en el Cuzco había —dice—, en 1579, quinientos ochenta y dos incas, jefes de familia, por lo que bien puede multiplicarse su número por cinco (2.910), sin tener en cuenta los muchísimos desparramados por las varias provincias."

JIJON Y CAAMAÑO: ob. cit., pág. 325, nota.



dando, poco a poco, el dominio territorial a los quichuas.

Se enfrentaron con los aymarás del Collao; y aunque éstos —remanentes también del Tiahuanaco, y más antiguos que los cuzqueños—, resistieron y batallaron con energía durante varios años, cayeron, al fin, vencidos por la cruda pertinacia y fiereza aterradora de sus adversarios.

Con el sometimiento y la anexión de los collas-aymarás, no solamente alcanzaron los quichuas una sorprendente preponderancia político-militar, sino también un notable robustecimiento económico, que decidirá del éxito, en gran parte, de sus futuras conquistas.



Desde este último punto de vista, conviene anotar los elementos principales de subsistencia —más numerosos, sin duda, que en cualquier otro pueblo de América precolombina—: se cultivaban, con intensidad, el maíz y las papas, la quinua y las ocas; disponían de la carne de llamas, guanacos y vicuñas, que podían conservarlas salada y perfectamente secada al sol. El charqui —que así se llamaba la carne seca—, sería llevada a grandes distancias, constituyendo, con el maíz, que se asaría en cualquier campo, el mantenimiento por excelencia, durante las largas y fatigosas incursiones. Y en la llama tenían, además, un elemento de transporte, no



sospechado por los indios del resto del continente.

Los triunfos militares trajeron —como siempre— la exaltación vertiginosa del jefe y la creación de un mito dinástico. Ahí fué entonces cuando se impuso, avasalladora y subyugante, la figura del Inca, como señor, con su poder inmenso y sus numerosos atributos y con su consejo de hermanos y parientes y su corte de “orejones”, que, probablemente, en la aurora de las conquistas, no debieron de ser sino los jefes de los ayllus primitivos, compañeros de la gran aventura...

Inca y orejones, por cierto, inventaron o aceptaron, en seguida —tanto para explicar su origen y su mi-



sión conquistadora en el mundo, como para encubrir la larga historia de depredaciones, asesinatos por asalto y fratricidios de que venían precedidos—, un cuento. Según éste, el primer Inca —Mánco-Cápac—, con una su hermana —Mama Ocllo—, provenían precisamente del lago de Titicaca, y había sido enviado por el dios Wiracocha, para que salve al mundo. Wiracocha le había dado una barrita de oro que, al clavarse, indicaría el sitio en que debería propiamente fundarse la ciudad capital. Así nació el Cuzco y principió la privilegiada dinastía...

De modo que el Inca, como la mayor parte de autócratas de la tierra, se atribuyó un origen divino.



para la justificación de su repentino poder político. Asumió también, por lo mismo, carácter de Sumo Sacerdote.

El sol, que calienta a los hombres y da vida a la tierra, sería su guía y su fuerza... Por eso se instituirá el culto al "Inti", levantándole templos y consagrándole vírgenes.



Pocos pueblos indígenas —en general, supersticiosos—, se sustrajeron al poder sugestionante de esta fantasía; y unos, tras de breves batallas, y otros, de buen grado, fueron sometidos a la autoridad in-



caica, por lo menos a lo largo de la altiplanicie peruana, durante unos 300 años, a partir del siglo XII, de la era cristiana.

**PACHACUTEC
YUPANQUI,
EL ORGANIZADOR**

Hasta principios del siglo xv, el Incario se redujo al centro de la altiplanicie peruana, con parte de la de Bolivia.

Un inca concibió el plan de sometimiento de los indios de la costa, llamados generalmente "yuncas"; aunque en éstos se incluían no sólo remanentes de antiguas po-



blaciones progresistas, como las de Paracas, Mochica y Arica, sino áreas culturales vivientes, en pleno apogeo, como las de Nazca, al sur, en la región de Ica, y la del Gran Chimú, al norte, en la de Trujillo.

Estos pueblos costeños resistieron bravamente; pero se impuso la organización militar de los quichuas, y fueron sometidos.



Los "yuncas", pues, no sólo entraron a formar parte del Incario con su territorio y sus personas, sino, sobre todo, con el aporte de sus ad-



mirables progresos en arte, en agricultura, en navegación y en aptitudes creadoras.

Sabían los yuncas tejer y pintar el algodón maravillosamente, para mantas, vestidos y tapices. Dibujaban y decoraban. Su cerámica era finísima y artística. Fundían y labraban metales, desde el cobre y el estaño hasta la plata y el oro, no siéndoles indiferentes el conocimiento y explotación de las piedras preciosas, para la joyería.

Habían también descubierto las ventajas de la irrigación y del abono, para la agricultura: construían grandes acueductos, para conducir el agua desde lugares distantes, y usaban como fertilizante el guano, y



eran diestros remeros, habiendo llegado a inventar, para su navegación constante en el Pacífico, cierto sistema de velas, preparadas de pellejos de lobos marinos.

El nuevo contingente para la organización política de los quichuas era, pues, valiosísimo; y el inca que lo consiguió por la fuerza de sus 30.000 guerreros fué Pachacútec Yupanqui, el noveno inca de la dinastía.

Para la época del sometimiento de los indios del Gran Chimú —que fueron los últimos de los costeños en caer—, la existencia del imperio estaba ya comprendida entre el territorio que actualmente abarca el Departamento de Apurímac y el de



Cajamarca, en la sierra; y entre Ica y Trujillo, en el litoral; o sea, según cálculos del Inca Garcilaso, a lo largo de 130 leguas, de sur a norte, y "todo lo que hay de la Sierra Nevada hasta el mar..." (6).

Pachacútec Yupanqui se distinguía por su extraordinario genio político. Sabía combatir y organizar, a la vez. Sin ninguna educación teórica, llegó a desplegar, con todo, excepcionales aptitudes de estadista. Su nombre significaba, precisamente, "el reformador", el que cambia todo.

Menos sanguinario que sus ante-

- (6) Ver: GARCILASO: **Comentarios Reales**, ed. de Madrid, 1773; pág. 215.



cesores, conquistaba los pueblos procurando no destruirlos. Las culturas extrañas, daban esplendor a su imperio. Y los "ayllus", comunidades agrarias cultivadas y con trabajo organizado, le importaban fundamentalmente como focos de producción y de tributación, al mismo tiempo.

Captación de territorios y habitantes, tenía, para Pachacútec, ante todo un sentido económico. La ampliación de los ritos religiosos, la multiplicación del ejército y el incremento de una aristocracia política, que vivía ya no de su trabajo sino del imperio, exigían precisamente la preponderancia de ese sentido en toda gestión de su gobierno.



Por eso los "ayllus" no fueron arrasados. Aunque es verdad que tuvieron que ser inexorablemente cercenados, en beneficio de los nuevos conceptos políticos que imponía el conquistador.

Según esos nuevos conceptos políticos, las consecuencias sociales y económicas para los conquistados se traducían en las siguientes diferencias:

1) la tierra pasaba a dominio del Inca;

2) la producción, por lo mismo, no correspondía al ayllu solamente, sino también al Inca y a la religión;

3) los elementos sociales del ayllu tendrían que someterse a una cla-



sificación decimal; pues que la nueva organización política, a base de disciplina militar y controlada por una rigurosa estadística, así lo requería.

Manteniendo, pues, el ayllu —el ayllu no rebelde, desde luego—, parte de su primitiva organización, dentro de su comunidad agraria, tuvo, en cambio, que intensificar la tarea, no solamente en los respectivos "tupus", sino en las áreas determinadas para el estado, de modo que los resultados del trabajo sean suficientes para estos tres grandes grupos de consumidores:

el Inca; su corte; sus tropas;
el culto religioso; sus sacerdotes
y monasterios; y,



la comunidad; o sean las masas productoras, con sus ancianos, ciegos e inválidos, en general.

Una cuarta parte de las cosechas se asignaba para reservas; pues, los fenómenos de la meteorología, los movimientos sísmicos, los desbordamientos de los ríos, las erupciones volcánicas y hasta las vicisitudes de la política, habían dado a los indios de las altiplanicies andinas una dura experiencia.

Esas reservas se acumulaban en los "tambos"; y llegaban a ser de tal magnitud que podían alcanzar para el abastecimiento durante varios años de escasez o de calamidades.





En lo social, también sufrió restricciones y cambios el ayllu, por la conquista; pues la vigilancia estricta y minuciosa de la vida de hogar; la absorción de mujeres para el culto o para el inca; la prohibición de transitar o de comerciar; los matrimonios forzosos, y otras exigencias de la disciplina y de la estadística, causaron perturbaciones y alguna desintegración de los ayllus.



En lo político, hubo deferencias; pues ahí en donde la sumisión se demostrara absoluta, los mismos je-



fes de ayllu pasaban a ser jefes o curacas de las agrupaciones decimales del imperio. Los altos funcionarios o gobernadores, en cambio, debían ser los "orejones", de la casta y la confianza del inca.

También quedaban respetadas, por no afectar, sin duda, directamente a los intereses inmediatos del incario, las diferencias dialectales, las especificaciones totémicas y hasta los ritos de las religiones locales, con la simple adición del culto general al sol y del aprendizaje y uso oficial del "runa-shimi".



▼

Tales eran las ideas directrices de Pachacútec Yupanqui, el verdadero organizador del imperio incaico.

Su política sagaz, apenas sufrirá variantes en sus lineamientos fundamentales, cuando el cielo de conquistas por norte y sur —que se inicia dentro de este mismo siglo xv—, tome una mayor y vasta extensión, abarcando, según pensaban ellos, las **cuatro partes del mundo**, que coincidían exactamente con los cuatro puntos cardinales: el Chinchasuyo (norte); el Collasuyo (sur); el Antisuyo (este), y el Contisuyo (occidente).



Estas cuatro grandes partes constituían, en definitiva, el gran Tahuantinsuyo.

LA EXPANSION POR ARGENTINA Y CHILE

El sucesor de Pachacútec Yupanqui fué Túpac Yupanqui. Túpac —“el resplandeciente glorioso”—, concibió un plan de conquistas ilimitadas.

Dentro del ideal imperialista de los incas, no podía faltar el monopolio político del mundo.

Se le sublevaron los collas. Túpac Yupanqui, con una extraordinaria



energía, sofocó la sublevación y afirmó su poder.

Luego organizó un ejército de más de 50.000 soldados y partió hacia el sur. Llegó a Tucumán, en la Argentina; pasó a los Andes chilenos, y, como los indios mapuches se le resistieran con bravura, les batió incansablemente, durante seis años consecutivos, hasta dominarlos de modo absoluto. Las huestes quichuas avanzaron hasta el río Bío-Bío, y estableciendo colonias y cambiando de lugar a parcialidades insumisas, imponiendo tributaciones y consiguiendo la anexión de esos territorios chilenos al imperio incaico, retornaron victoriosamente al Cuzco.



LA TECNICA DE LAS CONQUISTAS

Pasaron algunos años de elaboración de nuevas energías.

Se aumentó prodigiosamente el ejército. Y las experiencias enseñaron nuevas y más eficaces formas de aprovisionamiento; nuevos y más eficaces métodos de lucha y de imposición.

Para someter pueblos lejanos, no siempre inermes o no siempre dispuestos a aceptar sumisamente el imperialismo incaico, eran indispensables no sólo soldados aguerridos y disciplinados, sino también otros medios de permanente utilidad,



como los caminos para transportar fácil y rápidamente nuevas fuerzas militares o colonias, y como las fortalezas o reductos cerca de los pueblos conquistados.

Detrás de los combatientes irían, pues, los picapedreros e ingenieros, abriendo las vías por entre las rocas y desecando los pantanos, o ensanchando las trochas primitivas de los ayllus viajeros. Luego marcharían los constructores y albañiles, que levantarían las **pucaras**, fortalezas de aspecto imponente por la magnitud de sus piedras colosales.

Desde estas pucaras, vigilarían las guarniciones incaicas a los recientemente sometidos. Y a lo largo de los caminos se levantarían los "cor-



pa-huasis" (albergues oficiales) y los "tambos", almacenes escalonados de víveres y armamentos...

LA CAPTACION DE QUITO

Para el año de 1460, Túpac Yupanqui terminaba los preparativos de una expedición formidable. Con una fuerza como de 200.000 guerreros emprendió la marcha sobre el norte, rumbo hacia los pueblos del Quito. "Venían con tan gran bagaje, que henchían los campos", dice Cieza de León, uno de los cronistas españoles mejor informados.



Hacia de Director de la guerra un tío de inca, el general Cápac Yupanqui.

Ver este ejército fabuloso y someterse, todo fué uno para buen número de pueblos. Los indios huancas recibieron al inca con sumisión, como recibieran, por miedo o por ofertas, los de Bombón, Yango y Apurímac.

Ya parecía inútil el uso de la fuerza, cuando se le ocurrió a Cápac Yupanqui penetrar en la región de los Bracamoros. Los salvajes de Bracamoros se congregaron como hormigas y, en emboscadas espantosas, con flechas y porras efectuaron una terrible carnicería de quichuas. Los conquistadores, enton-



ces, despavoridos, se echaron a correr, y no volvieron más por la tierra difícil de aquellos salvajes.

Pero continuaron al norte. Y si no volvieron a experimentar desastres como el que les fuera infligido por los bracamoros, por lo menos sus avances iban siendo difíciles, con un combate por día, cuando menos.

Al asomar en pueblos del Ecuador, los paltas, cajas y ayabacas se les enfrentaron de un modo pertinaz y con una bravura inesperada. Hubo matanzas horribles. Y sólo pudieron pasar los incas, gracias a sus medidas de terror y al número aplastante de sus guerreros, y al aprovisionamiento y equipo, que



les permitían la lucha persistente y en avance continuo.

Militarmente, los pueblos invadidos, a pesar de su heroicidad o fiereza, resultaban inferiores, a causa de su falta de técnica; de su carencia de disciplina; de su desconocimiento completo de medios de transporte y de la imprevisión absoluta al tratarse de reservas de subsistencia para la realización de una campaña larga o para sostener un sitio.

También les dieron sus batallas los cañaris, los puruháes, los quitus; con el mismo resultado que los paltas, cajas y ayabacas.

En Quito se detuvo algo fatigado, y ya sin muchas fuerzas para



bajar al litoral, mandó simples emisarios a Manabí, para que esos indios se le sometieran. Los manabitas, en respuesta, asesinaron a los emisarios.

En tanto, según su plan inicial, los trabajadores, ingenieros y arquitectos venían, a lo largo de los Andes, abriendo el camino que uniría a Quito con el Cuzco y que lo pondría en conexión con la ruta que se prolongaba hasta Chile... Y construían las fortalezas de Inga-pirca, Pumapungo, Paquinshapa y Tambo Blanco, y levantaban las residencias del inca y los "colloctores", adoratorios a Wiracocha y al Inti.

Túpac Yupanqui fundó, en terri-



torio cañari, la ciudad de Tumipamba (campo de los tumis. Tumís, instrumentos de matar, en forma de T), rodeada no de jardines como Tenochtitlán de los aztecas, sino de sembríos y de canales de riego; pues en los cuzqueños preponderaba más bien el sentido económico, materialista por excelencia, de la vida... (7).

Al norte, en territorio de la actual ciudad de Quito, estableció, pareciéndole propicio el clima y la tierra fértil, una colonia de miti-

(7) V. MAX UHLE: Tomebamba, conferencia en el Centro de Investigaciones Geográficas e Históricas del Azuay, 1923, págs. 6-7.



maes, principio de una población principal, a manera del Cuzco y Tumi-pamba.



Entre tanto ajetreo, a Túpac Yupanqui le sobrevino un hijo —que le diera su hermana Mama Ocllo—, en la reciente fundación de Tumi-pamba. Este hijo se llamaba Huayna Cápac, con el que culminaría la expansión territorial del imperio incaico.



¿Cuándo, en qué tiempo sucedió ya esto? Los primeros cronistas españoles en este punto, como en va-



rios de los acontecimientos prehis-
pánicos, no guardan uniformidad.
Sus fechas y sus datos son aproxi-
mados, aunque no coincidentes. Dos
historiógrafos ecuatorianos, sin em-
bargo, se han pronunciado, median-
te deducciones que conceptuamos
acertadas por una época probable. Y
así, según ellos, Huaina Cápac de-
bió de haber nacido en Tumi-pamba
entre los años de 1465 a 1470. Pasó
como seis años de su niñez en tie-
rras ecuatorianas, hasta cuando lle-
gó el momento de partir con su
padre al Cuzco, para volver unos
14 años después, acompañando a
Túpac Yupanqui, en la campaña de
reconquista que éste tuviera que



emprender sobre los sublevados de Quito... (8).

• Muerto Túpac Yupanqui, y transcurrido un período de regencia provisional, Huayna Cápac entra en ejercicio del gobierno.

• Nacido en campaña y criado entre conquistas, reanuda éste la cruzada invasionista y anexionista del padre. Primeramente tiene que pacificar, desde luego, como se verá en seguida; pues que, los indios de norte y sur del Tahuantinsuyo —aún escarmentados y aterrorizados

- (8) Ver: JIJON Y CAAMAÑO y C. M. LARREA, *Un cementerio incásico y notas sobre los Incas en el Ecuador*, ed. de 1918, págs. 73 y siguientes.



por las deportaciones colectivas, las matanzas en masa y el implacable ejercicio del huarco (patíbulo) y del tumi—, continúan resistiendo ferozmente al dominio imperial.

Los pueblos comprendidos entre los paltas y los quillacingas, o sean todos cuantos habían quedado vivos entre Loja y Tulcán, eran un hervidero de insurrecciones y conspiraciones. Sólo el sometimiento de los indios caranquis, cayambis, otavalos, peruchos y cochasquíes —confederados para la resistencia bajo la dirección de su gran caudillo, el cacique Nazacota Puento—, costó a Huayna Cápac como 17 años de lucha sangrienta e implacable.



**II.—Quito,
culminación
y fin del
Incario**

LOS METODOS DE PACIFICACION

Cabello Balboa describe así a Huayna Cápac: "Érase un hombre de no muy gran cuerpo; pero doblado y muy bien hecho; de buen rostro y muy grave; de pocas palabras, de muchos hechos: era justiciero y castigaba sin templanza..."

Así eran los incas.

En efecto, los métodos de dominación y pacificación a que acudían



se caracterizaban por ese "castigo sin templanza", que era, en otros términos, una dureza implacable. Su tino político se reservaba para los conquistados sumisos o para los pueblos evidentemente ávidos de poderosa protección. Pero en tratándose de cacicatos bravos, de masas rebeldes al trabajo intensivo y al pago de una tributación que les resultaba muy dura, la paz no podía imponerse sino por el terror.

Había las mutilaciones feroces, los destierros en masa, las matanzas colectivas. Los indios paltas resistieron, como ya se ha señalado, heroicamente la ola invasora. Vencidos, trataron una vez de engañar al inca, y le enviaron emisarios. En



tanto, urdían el asesinato del inca. Este, gracias a sus espías, lo advirtió a tiempo, y a los emisarios les hizo reventar los ojos con punzones y les cortó narices y orejas. Los desdichados disparáronse aullando. Luego sus compatriotas fueron desterrados, en falanges íntegras, al sur.

Más de 15.000 cañaris fueron también echados de sus ayllus, y transportados a las tierras de Tucumán, en el norte argentino. Igual suerte corrieron los puruháes y los quitus, que fueron a parar en el alto Perú.

En su lugar venían a vivir chusmas extranjeras —los “mitimáes” Con estos indios mitimáes, en su mayor parte provenientes de las me-



setas perú-bolivianas, se inició y prolongó, por lo menos durante algunos lustros, la obra de dominación, colonización y de relativa homogeneidad política de los gobernantes cuzqueños en territorio ecuatoriano.

Las áreas de ocupación mitimae, se hicieron numerosas, a lo largo de la Cordillera, en lo que actualmente es territorio de las provincias de Loja, Azuay, Cañar, Chimborazo, Tungurahua, León, Pichincha e Imbabura. Las tribus de Chuquipata, Azancoto y Chapacoto, de Salasaca y Zámbara, y los pobladores de las nuevas ciudades eran inmigrantes: argentinos, bolivianos o peruanos.



▼

Había un detalle admirable, dentro de la rigurosidad de la medida disciplinaria o colonizadora: los incas, para el traslado colectivo, tomaban en cuenta estos dos factores capitales de adaptación: unidad familiar y afinidad climática.

En el fondo de esta consideración sagaz, podía advertirse el interés del estadista, empeñado en no perder elementos de producción y de tributación: el desterrado o el colono, en medio físico demasiado distinto, con clima extraño y familia desintegrada, no podía trabajar con la intensidad necesaria a la economía del imperio. De ahí que



las migraciones se efectuasen siempre de un modo paralelo, por el callejón interandino y por la costa pacífica; nunca de habitantes serranos para la costa, o viceversa.



Hubo ocasiones, sin embargo, en que se acudió a la eliminación absoluta, en grandes **massacres**: una conspiración de punáes fué castigada con una invasión de asesinos en la isla, con la consigna de no dejar uno vivo. En **Yahuarcocha** (lago de sangre), se degollaron como 30.000 caranquis, incluyendo no combatientes...



Lo que significaba que, propiamente, los indios de Quito —o sea de Ecuador actual—, no llegaron nunca a entender o aceptar el dominio imperial. Dentro del incario —salvo los últimos años de Huayna Cápac, y esto por circunstancias singularísimas de sentimiento regional y de política, que pasaremos a explicar—, se eliminaron, con una desconcertante pertinacia, en la batalla sin cuartel o en la matanza colectiva, o se expatriaron para siempre.



EL IMPERIO DE HUAYNA CAPAC

A Huayna Cápac, que le correspondió la obra de los últimos ex-terminios, le correspondió, pues, también la finalización de las conquistas y la fijación definitiva del imperio, dentro de una extensión territorial enorme, de 31 grados geográficos.

Es verdad que para esta época, en cambio, las conquistas que realizara Túpac Yupanqui en territorio chileno habían disminuído; pues, los araucanos, en un movimiento de reacción formidable, habían empujado, desde el Bío - Bío, hacia el norte, las fuerzas dominadoras.



Estas, sin embargo, lograron afianzarse en el Maule; y fué desde este límite, hasta el Angasmayu, de Colombia, que imperó la voluntad de Huayna Cápac y sus orejones.

Su centro de gobierno, con todo, no fué ya el Cuzco, de sus antepasados, sino más bien la ciudad de Quito, donde algunas indígenas nobles, como Paccha, hija del **shyri** Cacha, pasara a incrementar el número de sus varias esposas; pues Huayna Cápac era, en extremo, "vicioso de mujeres".

Quito, durante los últimos 15 años de régimen de Huayna Cápac, adquiere relieves de capital imperial. Con su población militar, con sus numerosos y entremezclados ele-



mentos aristocráticos; con sus sacerdotes y sus vírgenes; con sus intihuatanas, o adoratorios al sol; con su movimiento hormigueante de súbditos; y “yanaconas” (populacho sirviente); con sus fiestas, sus bailes y sus orgías...

Huayna Cápac adula, prefiere y le colma de regocijos al país conquistado.

A Quito convergen los caminos del imperio —esos caminos comparados por Cieza de León, primero, y por Humboldt, después, con las “grandes vías romanas”—, y se rodea la ciudad, entonces, de ricos sembríos de patatas y de maíz, de ocas, frijoles y cucurbitáceas. Se rodea también de los nuevos anima-



les domésticos que se han traído desde las punas peruanas, y de las vigilantes guarniciones militares, en sus pucarás macisas, de lodo y piedras...

Políticamente, el Cuzco viene a situarse en un plano de innegable postergación. Es como si el inca hubiese renunciado a su capitalidad, creándole una rival en el corazón del pueblo que fuera el mayor enemigo del incario.

Evidentemente, esta es medida de sagaz política del emperador, para afirmar su poder en Quito; pero resulta de desastrosas consecuencias para la armonía del imperio.

Huayna Cápac se entrega a los quiteños que han querido ser sus



súbditos; y éstos no tardan en demostrar una leal afección por el inca, ya vinculado al país conquistado, no sólo por la deferencia territorial sino por la creación de una familia con sangre quiteña. Los hijos de Huayna Cápac son ya propiamente quiteños, y si reciben educación y costumbres incaicas, ello es, evidentemente, sin ligamen alguno espiritual con el Cuzco.

La vida de Quito se hace luego enervante y demasiado fácil para el inca y su corte. A la época de energía conquistadora, sucede otra, de crápula y de placer...

Así se divide ya, moralmente, el imperio.



ASPECTOS RELEVANTES DE LA POLITICA

A pesar del proceloso proceso de expansión y de vicisitudes políticas del incario, que causan su pronta desaparición, quedan de él aspectos relevantes, que es preciso resumir.

En efecto, aunque la gran obra de organización económica del incario, tuvo, desde sus comienzos, como punto de partida la vida económica de los ayllus, debe señalarse, por otra parte, que la obra de unificación y de estructuración política, lo mismo que la formidable empresa de las creaciones monumentales, corrieron de cuenta, ex-



clusivamente, de la capacidad, espíritu reformador y sorprendentes aptitudes gubernativas de los incas.

La obra de unificación y estructuración, tenía como base las siguientes condiciones, cuyo estricto cumplimiento constituía un ejemplar detalle de eficiencia política:

estadística de productores y consumidores del incario, en general;

aplicación del sistema decimal, a dicha estadística, en tiempos, precisamente, en que no se lo conocía ni en Europa; pues en ésta no adviene el sistema sino con la Revolución Francesa;

mensura y clasificación de los territorios, destinados al cultivo agrí-



cola, al pastoreo o, en todo caso, utilizables;

funcionarismo normal, jerárquico y debidamente regulado;

disciplina militar absoluta, que permitía poner en ejecución tácticas expansivas o métodos políticos sin la menor dificultad interna;

disciplina social rigurosa, gracias a la cual fué posible la realización de las grandes obras colectivas y verdaderamente monumentales, dada su magnitud: fortalezas militares, templos macisos, residencias imperiales, caminos casi fabulosos y acueductos, abiertos con herramientas primitivas, de simples estacas, puntas de obsidiana e instrumentos de bronce; andenerías, o sean las



terrazas inmensas para el cultivo agrícola, en las pendientes de los cerros y de las montañas; la desecación de las tierras pantanosas, y el traslado vertiginoso de tierra fértil para los lugares pedregosos, y de grandes piedras y materiales de construcción, desde sitios distantes;

la especialización técnica del obrerismo, en ciertos ramos de producción, como en la metalurgia, la cerámica y los tejidos suntuarios, sin otras preocupaciones que impidan el libre desarrollo de su consagración artística o de sus iniciativas;

el establecimiento de un sacerdocio austero, de modo que inspire respeto en las muchedumbres; etc.



▼

Otras creaciones originales de los incas, correspondían, por otro lado, al anhelo de eficiencia gubernativa.

Establecieron el correo —chasqui—, con propósitos de información inmediata. Los chasquis ponían en contacto, exacto y preciso, al inca con los menores detalles de la administración, en toda la extensión de sus dominios.

Implantaron, como instituciones indispensables y fundamentales, para la vida normal del incario, la previsión y la reserva económicas: prohibieron cazar o perseguir a los “guanay”, los pájaros productores



del guano, el gran fertilizante; prohibieron dar muerte a las hembras de llamas, vicuñas y huanacos; reglamentaron el uso de bosques, a fin de impedir su destrucción; fundaron, como ya se ha señalado, los tambos y los corpora-huasís; instituyeron las colonias agrícolas para lugares fértiles deficientemente poblados, etc., etc.

Todo esto es lo que constituyó, ciertamente, la culminación y el apogeo del espíritu organizador y creador de los incas, a quienes no faltaron verdaderas inspiraciones de estadistas, en sus vastos planes de imperialismo continental.



HUASCAR Y ATAHUALPA

Para el año de 1526, fallece Huayna Cápac. Según las tradiciones incaicas, la sucesión en el poder sólo corresponde a descendencia legítima, o sea, a hijos del inca en ñusta o princesa cuzqueña, hermana suya.

Huayna Cápac piensa y decide que le suceda Ninan Cuyúchic. Pero Ninan Cuyúchic, adolescente enfermizo, merece un fatal pronóstico del agorero oficial; y, en efecto, el candidato muere después de poco tiempo.

También piensa y decide que sea



Huáscar el sucesor. Pero Huáscar, de igual manera que Ninan Cuyúchic, no merece la aprobación del agorero; pues le vaticina serias calamidades, de llegar al poder.

Según algunos cronistas, fué ante estos funestos presagios del agorero, que Huayna Cápac, ya moribundo, resolvió fraccionar el imperio, consignando ésta su voluntad en un "testamento", que no era sino una serie de rayas pintadas en un bastón, traducibles por los entendidos de la corte.

Así advinieron al gobierno Huáscar y Atahualpa, en las dos grandes fracciones del incario. Con lo que, propiamente, comenzaba a desmoronarse la unidad imperial.



Una porción de activas intrigas se encargó, a poco, de prender la guerra entre Quito y el Cuzco. Atahualpa, inca de energía, acumuló con celeridad prodigiosa toda la suma de odios que despertó la conquista de años atrás, y poniendo estas fuerzas bajo las órdenes de generales audaces, como Quisquis, Calcuchima y Rumíñahui, acabó con las fuerzas militares cuzqueñas, y captó el Tahuantinsuyo, en su totalidad.

La marcha victoriosa de Atahualpa, desde Quito al Collasuyo, en un tiempo asombrosamente corto, no solamente cabe explicarse por el ímpetu guerrero y las medidas de terror aplicadas por los generales



Quisquis y Calcuchima sobre los pueblos partidarios de Huáscar que iban captando, sino por el estado de disgregación misma del centro del imperio, donde los "ayllus" estaban ya cansados de producir con intensidad y de trabajar como hormigas en beneficio de una casta parasitaria y ya en evidente decadencia.

Coinciden estos episodios de la vida incaica —que ya, por sí solos, la han desmoralizado y deprimido inmensamente—, con la llegada de los españoles a costas ecuatorianas.



QUITO, FIN DEL INCARIO

Con el sometimiento de los pueblos de Quito, pudo Huayna Cápac pasar a los Andes colombianos, y determinar su poderío hasta el Angasmayu.

La conquista de Quito, llevó, pues, a la culminación del poderío imperial de los quichuas. Pero, por las circunstancias mismas que rodearon la ardua campaña, primero, y la política incaica en estas tierras, después, dicha conquista se tradujo también en una serie de efectos.



inesperados y terriblemente fatales para la unidad y cohesión del inca-rio.

Un distinguido escritor peruano, D. Raúl Porras Barrenechea, lo indica con una muy sagaz penetración: "La conquista de Quito es —dice— la pérdida del Tahuantinsuyo."

Y agrega, refiriéndose, a los métodos de dominación y pacificación incaica como gérmenes de rencores y descontento profundos: "Las tribus se rebelan apenas sometidas y escarmentan a los vencedores. Los orejones, la invencible y austera casta de los anteriores reinados (anteriores al de Huayna Cápac), educada en la abstinencia, la privación



y el trabajo, había perdido su vigor. Ya no comían maíz crudo ni viandas sin sal, no se abstenían de mujer durante los ejercicios preparatorios de su carrera militar, ni realizaban trabajos de mano, ni eran los primeros en el salto y la carrera. De las clásicas ceremonias instituidas por Túpac Yupanqui para discernir el título de orejón, sólo conservaban el amor a la chicha. Los pastos les sorprenden y les diezman, después de una victoria, porque según cuenta Sarmiento, estaban "comiendo y bebiendo a discreción". Los cayambis, un pueblo rudo y desconocido, resisten al ejército incaico, y hacen huír por primera vez a los orejones, dejando en

el campo indefenso y en peligro de muerte al Inka. Este tiene que usar para someter a los cayambis métodos que contradicen la proverbial humanidad de su raza y las tradiciones pacificadoras del imperio: matanzas de prisioneros, guerras sin cuartel a mujeres y a niños, incendio y saqueo de pobladores. El vínculo federativo que era el sostén del Imperio, no era ya así libre y voluntario o conseguido por la persuasión, sino impuesto por la fuerza. La cohesión inkaica estaba desde ese momento amenazada por el odio de los pueblos vencidos y afrentados. Las sublevaciones se suceden y los enormes cambios de poblaciones ordenados por Huayna



Cápac, verdaderos destierros colectivos de grandes masas, no hacen sino aumentar el descontento de vasallos y sometidos..." (9).



Pero fué verdad, por otra parte, que los indios de Quito llegaron a perdonar y estimar a Huaina Cápac, una vez pasadas las rachas de terror y de tragedia con que se impuso.

Lo que no significó, desde luego,

- (9) RAUL, PORRAS BARRENECHEA: *La caída del Imperio Inkaico*, en "Revista de la Universidad Católica del Perú", Nº 13, mayo de 1935, pág. 143.



la extinción del odio, sino simplemente su desviación: en vez de odiar mortalmente a Huayna Cápac, que, al fin, se les había entregado, odiaron al Cuzco, la tierra absorbente y fustigadora.

De este odio participaron no solamente los diversos ayllus originarios de Quito, sino hasta las masas de mitimáes argentinos o aymaráes que, por revoltosos en sus tierras, se colocaran entre los pueblos de Quito.

Por eso la colaboración prestada con toda el alma, pocos años después, al inca Atahualpa, para la conquista y reducción del Cuzco, en lucha contra los auténticos señores del imperio.



Del mismo proceso de la conquista de Quito, que hemos seguido a grandes pasos en este capítulo, y de la descripción brevísima de lo que fué el incario bajo el régimen de Huayna Cápac —heroísmo y bravura para conquistar, primero, y vida muella y disipada, en seguida, sobre las espaldas de una muchedumbre explotada y constreñida—, pueden deducirse los factores principalísimos que aporta Quito para el desmoronamiento del imperialismo incaico.

Aparte de otros factores que, como todo imperialismo, engendra por sí propio para su inmediata o aplazada destrucción.



▼

El episodio final del incario, o sea la captación del imperio por Atahualpa, no puede considerarse como una garantía de una situación imperial definitiva.

Como los ayllus de Quito en un tiempo, ahora los del Cuzco, los de Chile y la Argentina habrían reaccionado formidablemente; pues ya no se contaba, para el sometimiento, más que con el simple recurso de las armas. En cuanto a la superstición acerca del origen divino de los incas había sido destruída, precisamente por los soldados de Quito, al efectuar las matanzas de orejones, burlarse sangrientamente



de los ídolos de los adoratorios peruanos, insultar a las ñustas y a la viuda de Huayna Cápac, asesinar a los sacerdotes y agoreros y acabar, en suma, hasta con toda posibilidad de vinculación espiritual.

Al advenir los españoles en 1532, la fuerza de la unidad imperial había desaparecido; y, por eso, la resistencia ya no pudo hacerse por una gran nación, o siquiera, sincrónicamente, por los diversos pueblos indígenas. La resistencia —fenómeno persistente—, brotó primeramente en Quito, con Rumiñahui, y luego se extinguió en medio de un estupor y aislamiento generales.

